

cuestión del suicidio, del desplazamiento de la voluntad y de la libertad de Dios al hombre. La razón, el sentimiento moral innato, rehúsa aceptar, en nombre de los misterios ininteligibles de la ley divina, sea una justicia que esté en contradicción con el propio sentido de la justicia, sea la responsabilidad moral de unos actos cuya libertad es de hecho sustraída al hombre. La queja, en suma, deja entrever una incoherencia entre causa y efecto, entre un Dios infinitamente justo y bueno y un ser humano infinitamente desdichado.

A partir de estas premisas, lo que queda de la tercera jornada y la entera cuarta van a servir para mostrar la diferente y aún opuesta respuesta moral de los contrincantes ante una serie de situaciones moralmente conflictivas. Ellas sirven para patentizar la superioridad de la nueva ética de la dignidad y autorresponsabilidad humana frente a la moral convencional de la tradición católica, reverente a la Autoridad, pero basada en la irracionalidad del prejuicio de casta, en los falsos valores del honor y de la respetabilidad, y en un amor al prójimo formalmente proclamado, pero desmentido por un espíritu y un comportamiento ajenos a la verdadera «piedad» evangélica.

El contraste entre esas dos mentalidades y sistemas morales sirven así mismo para poner ulteriormente de manifiesto que la voluntad humana podría imponer la razón, el bien y la justicia en el mundo, si la «furia» de los prejuicios no se encarnizara contra ellos. Es lo que trata de hacer el protagonista sin conseguir el menor resultado.

Es casi superfluo aducir ejemplos del conflicto entre dos seres que los prejuicios sociales quieren enemigos y un destino clemente—la naturaleza al fin y al cabo—quiere estrechados por los lazos sagrados de la amistad. La palabra gratitud es también pronunciada por don Carlos (III,4); el sentido moral natural se halla en todos los corazones. Magnífica, en mi opinión, la escena octava de esta misma jornada tercera, en la que Rivas evita una dicotomía excesivamente elemental y maniquea y pone en el alma del joven Vargas el tormento de la duda, la lucha interior entre la voz inocente de la conciencia —la piedad natural— y la voz del casuismo jesuítico, del oportunismo ético de tan larga tradición católica. Pero la voz de la razón y del bien, del estado de naturaleza, brota incontaminada de los labios del héroe a raíz de los valores kantianos de la gratitud y la amistad, que éste pone por encima de cualquier otro «valor» o consideración: «¡Don ; Carlos!... ¡Señor!... ¡Amigo! / ¡Don Félix! ...¡Ah!... Tolerad/ que el nombre que en amistad/ tan tierna os unió conmigo/ use en esta situación» (IV,I). ¿Qué es el supuesto honor mancillado de los Vargas frente al dolor infinito de don Álvaro, que en todo ello ha perdido nada menos que la felicidad, la razón misma de su existencia? No obstante fiel a un man-

dato que surge de la rectitud de su conciencia, la gratitud, que en Carlos es mera palabrería, fórmula de un rito que ha perdido todo su significado, se levanta por encima del dolor y el resentimiento para dar a la propia vida la dignidad que la hace merecedora de ser vivida. Habla la razón frente a la demencia, la pasión de la piedad frente a la pasión del rencor y del odio. La lección del racionalismo filantrópico, lejos de ser utopía estéril, se hace voluntad en don Álvaro. Para demostrarlo, Rivas hace suyo el lenguaje filosófico: «Si el orgullo, principal/ y tan poderoso agente/ en las acciones del ente/ que se dice racional»..., etc. (*ibíd.*).

A diferencia de los Vargas, representantes de una moralidad pasiva basada en el cumplimiento formal de la ley arbitrariamente dictada por Dios, don Álvaro se sustrae a las leyes históricas que pretenden ser eternas, para someterse a la propia legislación interior, aquella que, en última instancia, justifica la existencia de Dios mismo. Al Dios justiciero de la tradición judeocristiana, que exige obediencia y resignación ante la propia desdicha, el ser humano le opone una moral que no sea incompatible con la felicidad. Al libertinaje del barroco don Juan, don Álvaro opone una autonomía moral libertaria que exige de Dios su aceptación. La moral de don Álvaro es la del imperativo categórico, que brota de la voluntad y a él libremente se somete.

V

La historia entera del mundo dormita en cada uno de nosotros.

Steffens

Olvidemos, por un momento, que la lucha entablada entre la luz y las tinieblas acabe, por lo menos aparentemente, con el triunfo de estas últimas. El optimismo que ha caracterizado la época de las Luces hace tiempo que ha llegado a su fin. Al pensamiento abstracto de los ilustrados, que veía posible la regeneración de la especie humana mediante un sistema educativo que disolviera para siempre la ignorancia del mundo, causa y efecto de los abusos del poder, el duque de Rivas opone una visión del hombre encadenado a las contradicciones de la historia. La lucha que tiene entablada don Álvaro con el *error* intelectual y moral de los Vargas, es lucha con la historia, en lo que ésta tiene de instintivo e incontrolable.

Lo malo —y lo genial por parte del autor— es que los prejuicios y la «irracionalidad» que don Álvaro combate, de algún modo se hallan también dentro de él. Aquel mismo *algo* profundo, oscuro e irracional que mueve el curso de la historia y determina la acción de sus contrincantes,

le conduce inconscientemente por caminos que están en contradicción con los dictámenes de su razón y de su conciencia. Es lo que la crítica ha calificado de incoherencias psicológicas del personaje, atribuyéndolas a la incapacidad del Duque de forjar un carácter que resultara lógico y verosímil, según la lógica del sentido común y del comportamiento consciente. No se ha intentado siquiera desentrañar la posible «lógica» de una irracionalidad sólo aparente o de una conducta racionalmente ilógica, dictada por la coherencia del subconsciente.

Don Álvaro parece no darse cuenta de no ser ya un católico ortodoxo. Las palabras finales de IV,I («Demandad perdón al cielo») aluden de nuevo, como presencia ineludible, al Dios de las Batallas que preside la civilización de Occidente y gravita sobre la conciencia del hombre cristiano. Es más: cuando reaparece el héroe (IV,3), le vemos poseído por lo que Rivas llama «agitación» y «conmoción». ¿Qué es lo que le atormenta de este modo? Los remordimientos, el sentimiento de culpabilidad; no la culpa, que como sabemos —y lo sabe también racionalmente don Álvaro— no existe: «Retóme con razón harta, / y yo también le he matado / con razón» (IV,3). Lo corrobora la imparcialidad del Capitán: «Anuló sin duda tales / servicios con un agravio» (*ibid.*). Más tarde, el propio protagonista, preso en un torbellino de contrastes anímicos y de contradicciones, ve de nuevo combatida su razón por el irracional complejo de culpabilidad: «No; te ha librado, sí, de un enemigo,...» (IV,4).

Importa también observar que, a raíz de la disputa con don Carlos, y de su muerte, afloran a la conciencia del héroe prejuicios y sentimientos que comparte diríase *necesariamente* (por una necesidad histórica de matriz judeocristiana) con la comunidad a la que por un cincuenta por ciento pertenece. No sólo se define explícitamente cristiano, aunque no católico (IV,6); asoma de nuevo a su conciencia, como un fantasma terrífico, aquel Juicio Final que atraviesa la historia del cristianismo y con él, las tradicionales consideraciones sobre el desprecio del mundo y el valor redentor de la penitencia («Dentro de las breves horas...», IV,5). Va saliendo también, como un peso agitado por las circunstancias, lo que alguien ha llamado el complejo de inferioridad social del héroe: el orgullo de casta, el honor herido. (Aclaro que el hecho de que don Álvaro acate la ley relativa a los duelos, que él estima «justa» según el propio metro moral, no es indicio de sumisión o servilismo político, sino de asunción del concepto ilustrado de obediencia a la ley, en cuanto extrinsecación de la voluntad de la nación conforme al sentido moral natural.)

Así pues, el remordimiento «ilógico» de don Álvaro, lejos de ser aquella voz de la conciencia que, tanto para Rousseau como para Kant, es la sanción a la voluntaria transgresión de la propia ley moral, es distorsión debi-

da a la irracionalidad de las religiones positivas, residuo del pasado que se infiltra en el proceso ascensional de la historia.

Así las cosas, sorprende menos el bellísimo y en verdad desconcertante monólogo de la escena VIII de la cuarta jornada, con el que da inicio la voluntad penitente de nuestro héroe y con ella la confluencia en el destino común, sellado por igual sentimiento de culpabilidad, de doña Leonor.



Un mismo convento abriga, sin saberlo, no a dos asesinos, sino a dos seres que se sienten irracional e injustificadamente culpables. ¿Por qué casi por instinto los dos han ido a parar a la Iglesia? ¿Qué buscan en ella? ¿Qué encuentran?

Leonor, como don Álvaro, es un personaje «moderno» en el sentido de que es capaz de tomar decisiones por sí sola, de asumir la responsabilidad de sus acciones y el protagonismo de su existencia, y de anteponer el amor a los vínculos y deberes familiares a que le obliga una arbitraria ley moral, que impone la obediencia a los padres aun cuando éstos atentan contra la razón, la virtud y la felicidad del individuo. Leonor tiene perfectamente asumido el derecho a la felicidad y a la libre elección reivindicado por la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*.

Ambos amantes dan igualmente por supuesta la lección impartida por quienes han abogado por la dignidad de la mujer y por sus derechos (el barón d'Holbach, Helvetius, entre otros) y por una unión matrimonial basada en la igualdad y en la elección libre y desinteresada de los contratantes. A ese imperativo supremo obedece don Álvaro: «Dios no permita/ que por debilidad en tal momento/ sigas mis pasos y mi esposa seas./ Renuncio a tu palabra y juramento» (I,7).

Pero el triunfo de lo nuevo sobre lo viejo y caduco no se alcanza sin dificultad ni sacrificio. Siglos de historia, que han determinado la absoluta sumisión femenina a la autoridad familiar, si no tienen el poder de frenar la fuerza del imperativo del amor ni de ofuscar por completo la luz de la verdad innata y la clarividencia de la razón, pesan gravemente sobre la conciencia y entorpecen la voluntad.

Para dejar bien claro que las dudas, recelos y escrúpulos de Leonor carecen de una base objetiva y racional y que sólo son debidos a un sentimiento irracional de culpabilidad, Rivas ha insistido en la negatividad moral de ambas figuras parentales. También en este caso, da fe de ello la sirvienta Curra, quien, como todos los criados (el «pueblo»), ve las cosas como son y dice «las verdades» (I,6). Pero lo constata asimismo el espectador en las melifluas y falsas demostraciones de cariño que prodiga un